

MÉXICO: ¿CRISIS POLÍTICA Y DE ESTADO?

María Eugenia Lozano¹

J. C. Valenzuela²

I.- AYOTZINAPA Y CRISIS DEL ESTADO.

El feroz genocidio de Ayotzinapa (aunque algunos plantean la posibilidad de un secuestro masivo), ha funcionado como detonador de una situación que se venía incubando desde hace un largo tiempo. La violencia y la muerte, son ya ingredientes cotidianos en el país. Y responden al impacto del modelo neoliberal, a la descomposición social y moral que provoca. La matanza se dio en una zona fértil para generar una protesta fuerte y bien organizada. Pero se ha extendido a prácticamente todo el país. En la movilización, los jóvenes estudiantes vienen jugando un papel principal, tal vez porque son más sensibles que los viejos (casi siempre adocenados y ya quebrados en su espíritu) y no desean caer en ese especie de hoyo negro (que todo lo succiona y desaparece) en que se ha transformado el sistema institucional vigente. En este marco, habría que subrayar el contenido esencialmente moral de la protesta. Por lo mismo, el rechazo y desprecio de los movilizados a los partidos del poder (PRI, PAN, PRD). Algo que también forma parte de la crisis política

El desarrollo concreto de la matanza aún genera grandes dudas. La orden de muerte, pudiera haber sido dada por el gobierno local, íntimamente ligado al narco y a los mandos militares. Pero no se puede descartar la mano del Gobierno federal, sobretodo por su muy sospechosa actitud posterior a la matanza. Primero, pareció que quería diluir la noticia, casi silenciarla. Luego la dilación en la investigación resulta también muy anormal, impropia de quien pretende averiguar la verdad de los hechos. En el proceso, que ya cumple dos meses, se han ido descubriendo más y más fosas, más y más personas asesinadas. Pareciera que el país ha sufrido el apocalipsis y que se ha transformado en un gigantesco cementerio semi-clandestino. El proceso ha ido poniendo al desnudo no sólo una corrupción inmensa y extendida, también la siniestra coalición entre políticos, dirigentes de empresas y narco-traficantes. Si en Estados Unidos se hablaba y habla de “complejo militar-industrial”, aquí podemos hablar de “complejo narco-político y policial-militar”. En este sentido, lo que dijera el presidente de Uruguay apunta a un hecho cierto: el país tiene los rasgos de un “Estado fallido”. Esto, en el sentido que se le da al vocablo “fallido”: i) gobierno o Estado que no es capaz de evitar la violencia sobre sus ciudadanos; ii) Estado que aplica la represión violenta tanto interna como internacionalmente. En verdad, para evitar conceptualizaciones a la moda y que pueden confundir, mejor sería hablar de un Estado: i) represor abierto, explícito; ii) conectado al narco; iii) que ha empezado a perder algo vital: la

¹ Centro Cultural Tlalpan.

² UAM-I.

unidad y verticalidad del mando; iv) que a nivel de sus mandos más altos, ha perdido prestigio y legitimidad en grados mayores.

Luego de Ayotzinapa, en Guerrero y zonas aledañas, se ha experimentado un verdadero *levantamiento popular*, el que ha dado lugar a una cuasi desaparición de poderes (del poder del Estado) en tales regiones. Asimismo, se ha extendido por todo el país una impresionante ola de indignación. Inclusive, en el plano internacional, la protesta ha sido muy fuerte y el desprestigio del gobierno ha llegado a niveles desconocidos en la historia reciente del país.

En este marco, la arbitrariedad y corrupción del Estado, en vg. su dimensión judicial, resulta brutal y, a la vez, ahora muy *visible*. El director de Human Rights Watch, ha declarado que México “arrastra una crisis en materia de derechos humanos muy profunda y una total falta de credibilidad por parte de las grandes mayorías en su sistema judicial, que es un sistema carente de capacidades elementales para investigar, susceptible de intimidación y corrupción, penetrado en muchos sitios por la mafia. Este sistema judicial actúa con una opacidad, sin mayor transparencia, acostumbrado a fabricar culpables, sobre la base de apremios se obtienen confesiones, muchos casos se resuelven sobre la base de las confesiones de los presuntos culpables.”(declaración del 25/11/2014). La descomposición se traduce en una deslegitimación casi completa del régimen. Es decir, se puede hablar de una crisis ideológica y política muy seria. ¿Hasta dónde puede llegar el problema? ¿Cuáles pudieran ser las salidas? En lo que sigue pasamos a examinar algunas de las dimensiones involucradas.

II.- REACCIONES EN EL BLOQUE DOMINANTE.

Todo parece indicar que la crisis ha afectado la unidad del bloque en el poder. Al parecer, se delinean dos posiciones centrales. De seguro en torno a ellas hay matices y en este momento los reacomodos y ajustes son fluidos; también poco visibles. Pero conviene delimitar los contornos básicos de las posturas en juego.

La primera sería la que impulsa la represión abierta en contra del movimiento popular. Su lógica es no aceptar concesiones y seguir con el neoliberalismo más ortodoxo. Piensan que si no hay un golpe duro ahora, el movimiento popular puede expandirse y fortalecerse más de la cuenta. Además, creen que una eventual destitución de EPN sería peor para la estabilidad del régimen. En este grupo se alinean los segmentos más duros y fascistoides de la clase dominante. Son los que meten provocadores en las marchas de protesta y llaman por radio y TV a reprimir al pueblo que reclama. En el plano militar, parecen contar con el apoyo de la Marina, cuyo jefe critica a los que rechazan la privatización del petróleo por “representar un pasado que en la actualidad no tiene cabida” y fustiga a los “encapuchados” que “sólo generan violencia y destrucción” (declaración y discurso, 23/11/14). El titular del ejecutivo ha denunciado que “pareciera existir un afán orquestado por desestabilizar y por oponerse al proyecto de nación.” Asimismo se ha reunido con frecuencia muy alta con sectores militares, donde se ha subrayado la fidelidad del estamento armado a la figura presidencial. Además, en términos muy poco usuales en el alto mando militar, se han hecho pronunciamientos políticos que apuntan a una posible línea dura. El tono y los dichos, parecieran apuntar a los segmentos populares que protestan, pero esto pudiera ser sólo la apariencia. Muy probablemente, lo que se busca es fortalecer la debilitada figura presidencial y

evitar los intentos por “moverle el piso” y hasta algo más, que podría llegar a su reemplazo. El punto debe ser subrayado: el pueblo puede pedir la renuncia de EPN, pero son *otros* los que, por ahora, tienen la fuerza necesaria. Sea para mantenerlo, sea para renunciarlo.

Lo que en estos planteos no se aclara es el trato que se le daría al poder de los narcos, el que está muy imbricado con la clase política, al nivel más alto. Tampoco se habla de cambios económicos ni de una reforma política sustancial, algo que, ante el brutal desprestigio de los partidos (PRI, PN, PRD) parece ineludible si el afán es recomponer la legitimidad del régimen. Más que ideas de cambio, lo que se enarbola es la amenaza represiva.

En el contexto actual, el recurso a una represión generalizada, parece poco inteligente: muy probablemente, le prendería más el fuego a las protestas populares, las que podrían verse obligadas al recurso armado. Además, parece difícil que tal estrategia sea aprobada por Estados Unidos. Más bien al revés.

Una segunda línea es la que impulsa una salida más negociada, la que supone ofrecer algunas concesiones al movimiento popular. Este segmento piensa que la represión abierta implicaría lanzarle más gasolina al incendio en ciernes. O sea, la situación se tornaría aún más grave y eventualmente, hasta riesgosa para la clase dominante. Además, despertaría un repudio aún mayor de la comunidad internacional y el rechazo abierto de Europa y Estados Unidos. Este último, incluso podría intervenir para evitar la violencia extendida, la que podría generar una respuesta popular peligrosa para los intereses imperiales. La respuesta negociadora parte de un diagnóstico: el sistema, hasta ahora, viene funcionando sin ser capaz de generar crecimiento y ocupación (en los dos primeros años de EPN, el PIB ha crecido como al 1.5% anual, lo que se traduce en un PIB por habitante completamente estancado). Situación que provoca marginación y estimula al narcotráfico y la violencia. Piensan que es necesario reimpulsar al mercado interno, impulsar la ocupación formal y mejorar la distribución del ingreso. Para lo cual, sería necesario incorporar algunos elementos de pragmatismo en la ortodoxia neoliberal. La idea que manejan no es liquidar al modelo neoliberal sino introducirle algunos ajustes que le permitan sobrevivir recuperando parte de la legitimidad perdida. Este segmento, ante la pérdida de prestigio de la figura presidencial, estaría dispuesto a provocar el cambio en la presidencia. Lo harían para “salvar al país” y llamar a una “refundación de la unidad nacional”. O bien, podrían conformarse con dejar a EPN como *rehén* de su estrategia política. Es decir, EPN conserva el cargo, pero manejando un programa que le sería impuesto por el grupo “negociador”. Es muy probable que estos sectores estén “pulsando” a segmentos militares descontentos.

La crisis ha afectado también a los institutos militares. Algo grave y delicado para la estabilidad del sistema. Como los aparatos militares se han visto abocados a tareas policiales en los últimos años, han terminado por contaminarse. A nivel regional y local, parecen haber entrado en “convenios” con el narco. Lo que provoca un efecto de disolución muy peligroso. Asimismo, al verse involucrados en tareas policiales, han debido soportar costos muy elevados (más en prestigio que en vidas). Esto, genera descontento: “nos envían a matar y luego nos exhiben públicamente como infractores de los derechos humanos”. En este marco, la unidad del mando militar (algo absolutamente imprescindible para la función básica de los institutos militares) pudiera haberse debilitado. En los últimos días (desde el 18-20 de noviembre para acá), los repetidos pronunciamientos de EPN en favor de la unidad, del respeto a la legalidad y sobre la

fidelidad de los institutos armados, dan pie para pensar que el Presidente sabe de los problemas y sabe que hay grupos (civiles y de los altos mandos) que le pudieran estar moviendo el piso. Otra variable a considerar es la eventual enfermedad del presidente. Se trata de rumores persistentes que nos resulta imposible rechazar o confirmar. Como sea, si la noticia es falsa, lo fuerte del rumor apunta a una oposición que la difunde y que tiene fuerza. Y si es verdadera, es evidente que estimula a las fuerzas que buscan (o sueñan) con un posible reemplazo antes del 2018.

III.- REACCIONES Y CONDUCTAS PREVISIBLES POR CLASES Y FRACCIONES CLASISTAS QUE ESTÁN FUERA DEL BLOQUE DE PODER.

Las clases y fracciones de clase que están fuera del bloque de poder constituyen la aplastante mayoría de la nación. En ella encontramos a los campesinos, a la clase obrera, a la pequeña burguesía independiente y pauperizada (incluso, en algunos segmentos, lumpenizada), a la pequeña burguesía asalariada (empleados, burócratas, etc.) y a sectores capitalistas de tamaño medio y pequeño, que trabajan básicamente en función del mercado interno. De estos sectores no se puede esperar una respuesta homogénea. Por lo mismo, es más útil examinarlos uno a uno.

¿Qué sucede con la burguesía no monopólica y con las capas medias?

La burguesía media y pequeña, debería apoyar la línea de concesiones. En cuanto ésta busca recomponer algo al mercado interno, sus intereses se tornan claramente convergentes. En cuanto a las capas medias, la situación puede ser menos nítida. Una parte, un tanto histérica por la agitación de los medios, puede apoyar a la solución represiva. Otra, más conmovida por el problema de los muertos y corruptelas, pudiera apoyar el segundo camino. Y es posible que una muy pequeña minoría (a título casi personal), opte por una solución más radical y ajena al bloque dominante. Lo que pudiera ir desde cierto jacobinismo hasta posturas de ruptura con el capitalismo visto como sistema. En cuanto a la pequeña burguesía independiente, no sería sorprendente que su segmento más pauperizado y marginal apoye la solución autoritaria, algo común en estas circunstancias.

¿Qué sucede o se puede esperar con los segmentos populares? Se trata de la clase obrera y de los campesinos.

Por el lado de los campesinos, al menos en algunos Estados (Guerrero, Michoacán, Oaxaca, Chiapas, Veracruz y otros) parecen ser los más proclives a desplegar una oposición radical –incluso armada– al bloque gobernante. Pero no está claro con cargo a qué proyecto de nación se pudieran manejar. Como históricamente ha sucedido, estos segmentos suelen seguir a otras clases sociales, con mayor capacidad de dirección y hegemonía. En cuanto a la clase obrera industrial, el neoliberalismo la ha debilitado en términos numéricos, la ha atacado sin piedad en sus sindicatos independientes (caso electricistas) y no está nada claro que hoy pueda encabezar un movimiento radical. Al menos por ahora, es una clase que salvo algunas secciones (eléctricos, telefonistas, muy parcialmente en petróleo, etc.) todavía sigue mediatizada por dirigencias sindicales corruptas y, al final de cuentas, dominadas por el capital. Pero pueden –algunas de sus secciones– empujar por una oposición más sólida y radical.

En la oposición social al bloque dominante, debemos distinguir entre la oposición actual y la potencial. Hoy, todavía hay un gran hiato entre una y otra. Podemos legítimamente suponer que

la destrucción del modelo neoliberal objetivamente debería interesar a todas estas secciones; pero también se sabe que cuando menos dos tercios de los perjudicados, de hecho han venido apoyando al esquema neoliberal. Eso es lo que muestran las cifras electorales y algunas encuestas creíbles. También parece cierto que la actual indignación moral contra los crímenes y el Estado, que abarca a un 75% o más de la población, todavía no se traduce en un claro programa de cambio estructural que avance a una fase post-neoliberal. Y si esto no sucede, mucho menos probable es un posible avance a una fase post-capitalista. En ausencia de una organización política sólida regulada por una teoría radical bien asimilada (“sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria”), la indignación masiva suele comportarse como las grandes olas en el océano: suben mucho y luego bajan. En todo caso, no se debe olvidar que en casos de conmociones y crisis, la conciencia y la acción (motivos, indignación, radicalismo) se pueden alterar con gran velocidad.

Uno de los problemas mayores que encuentra el movimiento popular es la desigualdad de su desarrollo. En buena parte del país, especialmente en el norte, lo que predomina es la integración al sistema. En otras, como en el sur-oeste, hay zonas muy radicalizadas. En Guerrero, por ejemplo, hay antiguas tradiciones de lucha guerrillera (Lucio Cabañas, Jaramillo, etc.) y en la actualidad hay un movimiento social que busca desarrollar, por la vía de la lucha de masas, un poder popular auténtico, desde abajo y dirigido por los de abajo. Por lo mismo, en términos tendenciales, radicalmente opuesto al poder estatal hoy vigente. Este movimiento, en todo caso, en tanto no se conecte con las grandes zonas urbanas, encontrará serias dificultades para desarrollarse. Asimismo, por la misma gran desigualdad de los desarrollos políticos, puede emerger una fuerte disociación entre los métodos de lucha. Por ejemplo, que surjan localmente enfrentamientos armados en tanto, a nivel nacional, las condiciones ideológicas y políticas imperantes lleven a no aceptar esos métodos. O sea, el desigual desarrollo político puede dificultar bastante la eventual conciliación (o hasta aceptación) con ese tipo de métodos de lucha. En otras palabras, los segmentos más avanzados pudieran quedar aislados en el plano nacional y, por lo mismo, correr el riesgo de ser presas fáciles (o no tan duras) de la represión estatal.

Ciertamente, ninguna lucha popular y nacional puede pretender avanzar en términos estrictamente similares. El desarrollo desigual siempre ha estado presente y lo seguirá estando. Esta es una verdadera ley de las luchas políticas. El punto no es éste, sino la “medida” de la desigualdad. Si el desarrollo resulta extremadamente desigual –por ejemplo, en una región hay vía armada en favor del socialismo y en el resto del país la población apoya al capitalismo y repudia la lucha armada- se romperá la “medida” y el resultado global será claramente negativo: en vez de avanzar, el pueblo sufrirá derrotas duras y se verá obligado a retroceder. Nada puede evitar la exigencia de un análisis concreto de una situación concreta, pero como regla general, se puede señalar: las formas de lucha más radicales, deben asegurar –como mínimo- que en las zonas más atrasadas e intermedias, se posean bases que aseguren por lo menos la comprensión y la solidaridad. Y que eviten o dificulten la represión abierta a los grupos que se sitúan en fases más avanzadas de la lucha.

En el caso de Guerrero, hay elementos que tornan más compleja la situación. La región, históricamente, siempre ha padecido de la violencia asociada a la propiedad agrícola, disposición de aguas, etc. Y en las últimas décadas, ha sido profundamente penetrada por los grupos del

narco. Estos, disputan entre sí, someten a la población, corrompen a autoridades civiles y policiales, etc. En otras palabras, el aspecto o lado más descompuesto y violento del modelo neoliberal, recae con todo su peso en las zonas más deprimidas del país.

En este marco, global y regional, se debe analizar la respuesta del bloque dominante y del aparato estatal que controla, a los problemas e insurgencias que ha desatado Ayotzinapa.

IV.- EL CONFLICTO ACTUAL Y LAS POSIBLES RUTAS QUE PUDIERA SEGUIR.

¿Qué se puede esperar por el lado de los de arriba?

Por lo que se puede discernir, el camino más probable apunta a la mantención de EPN en el cargo. ¿Con cargo a qué línea política? Al parecer, la ortodoxia neoliberal en lo económico no sufriría alteraciones importantes: el sector más reformador o pragmático, en esto, no habría triunfado. Pudiera ser que se desplieguen algunos programas de apoyo a los Estados más críticos (Guerrero, Michoacán, Oaxaca, etc.) pero, por ahora, no se vislumbran cambios dignos de atención en el plano de la política económica (pudieran darse más adelante). La respuesta a la crisis parece centrarse en dos ejes. Uno, el afán de reunificar al Estado. Es decir, curar la actual fragmentación o desmembramiento que impide las líneas de mando verticales, de arriba hacia abajo, que exige todo Estado capitalista. Según el secretario de Gobernación, Osorio Chong, “en los municipios está el mayor de nuestros problemas.”(La Jornada, 26/11/2014). El diagnóstico, en parte es correcto: es en los gobiernos locales donde penetra con más fuerza el narco y donde más fácilmente la autoridad se desliga del Gobierno central. Pero que el propósito pueda fructificar es más que dudoso. Mientras la economía no crezca y genere masivamente empleos productivos, y mientras no caiga fuertemente la rentabilidad del narcotráfico, resulta difícil pensar en el éxito del propósito. Por lo mismo, no será fácil la cooptación ni el enfriamiento de las protestas populares. En este sentido, el segundo eje, el de la represión a la protesta popular, podría seguir ganando espacio. En este contexto, que el sistema pueda recuperar legitimidad y credibilidad en su dimensión político, resulta poco probable.

¿Qué se puede esperar por el lado de los excluidos del Bloque de Poder?

Los sectores populares, campesinos, trabajadores y segmentos medios, se manejan con un problema: la izquierda, en estos momentos no tiene una representación política propia. El PRD, que se iniciara con gran apoyo, ha terminado por subordinarse al Poder, se ha corrompido y está en pleno proceso de desintegración. Y por estos días (fines de noviembre) ha empezado a sufrir una muy fuerte desbandada de cuadros políticos. Empezando por C. Cárdenas, que fuera su fundador y figura emblemática. En cuanto a Morena, falta tiempo para evaluar su desempeño efectivo. Sus bases son de un valor y abnegación a toda prueba. Pero, de momento, su línea política resulta difusa y vacilante. El PT tiene algunos cuadros de gran valor, pero se ha venido tornando un partido más acomodaticio que impulsor de los intereses estratégicos de la clase trabajadora. Existen otros grupos, al parecer muy radicales, pero no tienen presencia nacional. En términos generales, el déficit ideológico, organizacional y político resulta fuerte. Y la abnegación e indignación moral, aunque conmovedoras, no bastan. Por lo mismo, no se puede esperar que en las actuales circunstancias, el bloque (potencial) popular, sea capaz de lograr cambios significativos de orden estructural. Puede y debe presionar en favor de una ruta no reaccionaria,

pero por ahora, siendo realistas, difícilmente podrá *decidir*. Lo cual no se debe interpretar en el sentido de propiciar la abstención y pasividad política. Muy al contrario, circunstancias como las actuales son las que posibilitan un desarrollo político rápido y sólido. Siempre y cuando el esfuerzo sea tenaz y persistente, se concentre en desplegar una línea de acumulación de fuerzas por la ruta de la lucha de masas y no se entrampe en la vía parlamentario-electoral. No se trata, ciertamente, de despreciar las elecciones y no participar en ellas. Se trata de no darle una importancia que no tienen y de subordinar tal vía (por la cual nunca se llega al poder) a la política de acumular fuerzas por la ruta de la lucha de masas y de la creación de un real poder popular. No basta marchar y marchar, ir una y otra vez al Zócalo. Se trata de *organizar* a los trabajadores en sindicatos honestos y lúcidos, a los pobladores en asociaciones vecinales, a los jóvenes en ligas juveniles. Crear más y más organización. Politizar a los trabajadores más y más. Generar poder e iniciativas en los de abajo. No asustarse con el Poder vigente y no repetir tontamente sus consignas. Por ejemplo, criticar a fondo eso de respetar a las instituciones vigentes, que es lo mismo que agacharse frente al dominio neoliberal. Si el pueblo va a avanzar, lo que debe hacer es justamente romper toda la argamasa institucional hoy vigente.

Para los próximos meses se puede presentar una situación fluida. Con los normales altibajos –subidas y bajadas– de la tensión política, en los cuales pudiera irse desplazando la actual correlación de fuerzas. No se puede descartar una salida desesperada del régimen en términos de una represión violenta focalizada e inclusive generalizada. Pero también pudiera darse un giro al interior del bloque dominante a favor de una ruta más política y dispuesta a dar algunas concesiones. Los sectores populares más avanzados deberían tensarse al máximo para ganar en conciencia y organización. Si logran enraizarse con mayor fuerza en el seno de los trabajadores y del pueblo en general, podrán esquivar la violencia fascista y presionar por una salida democrática, que tome en cuenta los reales intereses del pueblo mexicano. El camino de seguro no es ni será rectilíneo, pero sólo ganando fuerzas en el seno de las masas populares, podrán salvaguardar sus intereses –empezando por su vida– y empezar a vislumbrar el quiebre del neoliberalismo primero y el del capitalismo después.

México, 26/11/2014.